

AMÉRICA LATINA Y EL CAMPO HÍBRIDO DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA: UNA EXPLICACIÓN DE LA LARGA DURACIÓN. CONVERSACIÓN CON WALDO ANSALDI Y VERÓNICA GIORDANO

SAÚL LUIS CASAS*

A propósito del libro de Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *América Latina. La construcción del orden*, Ariel, Buenos Aires, 2012, 2 tomos, 696 y 752 páginas.

La publicación de este libro que se plantea estudiar los procesos históricos latinoamericanos desde una perspectiva política: “indagando el pasado desde los imperativos del presente, de cara al futuro”, nos obliga a revisar la propuesta central que nos propone. Este libro, según dicen sus autores, fue escrito para contribuir a pensar a nuestra América Latina utilizando los recursos de la “pluralidad de voces” y los últimos acercamientos del conocimiento científico desde distintas vertientes teóricas. Recuperar la interpretación política para entender el pasado, pero con la pretensión de constituir un aporte para el presente y el futuro de nuestras sociedades a favor del desarrollo de un proyecto emancipador. La atractiva propuesta sobre la que se cimienta en gran medida esta obra nos ha llevado a buscar un encuentro con sus autores. Esperamos que este diálogo permita esclarecer no sólo los contenidos, sino los alcances y la proyección de un trabajo que, como síntesis de nuestra historia, viene a responder a una demanda para saber más y pensar la actualidad de América Latina con una mirada puesta al futuro.

Waldo Ansaldi es licenciado y doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, posee además una formación en sociología, de donde proviene su opción por la sociología histórica. Es investigador de CONICET. Ha sido profesor de grado y posgrado en varias universidades del país y del exterior. Tiene una amplia y extensa trayectoria y producción bibliográfica, centrando sus trabajos en los estudios de América Latina.

Verónica Giordano es licenciada en Sociología, magíster en Ciencias Sociales y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora del CONICET y docente de grado y de posgrado en la UBA y otras universidades de nuestro país. Se ha especializado en sociología histórica y estudios de género de América Latina. Ha publicado *Ciudadanas incapaces. La construcción de los derechos civiles de las mujeres en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay* (2012).

-SAÚL CASAS (S.C): *Este libro, como puede leerse en la introducción, es en cierta forma el producto de la experiencia en la enseñanza de la historia de América Latina durante 25 años de trabajo en la cátedra. ¿De qué forma esa experiencia se ha volcado en la producción de este libro?*

* Profesor Adjunto Historia Contemporánea de América Latina. Facultad de Periodismo y Comunicación Social y profesor en la materia Problemas de Historia Americana. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

-WALDO ANSALDI (W.A): La experiencia docente nos permitió ir chequeando las hipótesis, los resultados provisorios de nuestra propuesta confrontándolos con los temas de nuestras investigaciones. De esa forma, en la experiencia docente, más allá de un conjunto de acontecimientos, tomábamos siempre procesos que había que desarrollar de manera obligada, cambiando o modificando el énfasis en base al tema que estábamos investigando. Así fuimos acentuando temas como ciudadanía, dictadura, democracia y otros, de acuerdo al momento y al nivel de profundidad alcanzado en nuestras investigaciones.

-S.C.: *¿Por qué escribir un libro ahora, en este momento? ¿Se podría pensar que existe la necesidad de trabajar sobre la síntesis, de volcar aquellas experiencias en un libro?*

-W.A.: Sí, por dos razones. La primera es que a nuestro juicio no hay un buen libro reciente de historia de América Latina. No casualmente todos hemos usado el libro de Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América latina*, que es un libro de 1969. Tulio le fue agregando capítulos y extendiendo el período cronológico abarcado. Pero el núcleo duro sigue siendo el mismo, si no tendría que haber escrito otro libro. Vos lees la bibliografía y te das cuenta que sobre la edición de 1969, la única bibliografía nueva que hay es la que ocurre en el período posterior, pero no hay nada que revise lo que fue escrito en 1969. Por otro lado, otras historias generales que hay son excesivamente largas. La de Bethell, por ejemplo, tiene 16 tomos y la *Historia General de América Latina* de la UNESCO tiene 9 tomos, para citar algunos ejemplos. La segunda razón es que en los años 1990 se generalizó la idea que sostiene que América Latina “no existe”, y si se admitía que sí existe, se sostenía que no podía ser investigada o aprendida, porque es tal la multiplicidad de países, tal la heterogeneidad, tal el volumen de bibliografía que era imposible de ser abarcada. Las dos afirmaciones son falacias. En el segundo caso, además, me parece, que no se trata de leer todo lo que se ha escrito, porque es obvio que eso es absolutamente imposible. Sobre la base de una hermosa metáfora de Fernand Braudel -“Lo social es una liebre muy esquiva”-, nosotros decimos: “América latina es una liebre esquiva”. Para poder atraparla se necesitan varios subterfugios.

-VERÓNICA GIORDANO (V.G.): También hay otra cuestión que surge de esa experiencia de tantos años en la materia Historia Social Latinoamericana: el diálogo con los estudiantes de sociología, que fue poniendo de relieve la reflexión acerca de cuál es el lugar de la historia en relación con la sociología en Argentina y en América Latina. En general, se asume que la sociología surgió de la mano de Gino Germani. Lejos del estructural-funcionalismo ortodoxo, la disciplina surgió en un diálogo muy fecundo con la historia. Los cruces entre historia y sociología en Argentina, en los momentos en que la disciplina sociología se constituyó, fueron muy fuertes y marcaron una impronta. Durante los años 1990, no sólo algunos sostenían que América latina no existía si no que además los autores latinoamericanos, fuera para estudiar historia o fuera para estudiar teoría sociológica, tampoco existían, estaban completamente invisibilizados. Pensar desde la perspectiva de la sociología histórica fue una estrategia que Waldo implementó, racionalmente o por impulso, y que rindió sus frutos. Porque se fue legitimando la hibridación de sociología e historia como algo que no era puramente un invento argentino o un invento latinoamericano, sino avalado por la práctica de las ciencias sociales en otros lugares del mundo, donde se configuraban departamentos, institutos y revistas académicas de sociología histórica. Fue una manera de legitimar nuestra propia sociología histórica latinoamericana en un contexto en el cual el pensamiento latinoamericano estaba devaluado. Así, se legitimaban los transvasamientos tan ricos de los años 1960 y 1970, entre historia y sociología, que en los años 1990 estaban totalmente desprestigiados. Hoy la interdisciplinariedad aparece menos disruptiva, pero hace 15 años

mientras nosotros hablábamos de sociología histórica, de cambio social y de conflicto, los informes del BID hablaban de cosas muy distintas.

-W.A.: Cuando creamos el área de sociología histórica, todavía en el Instituto Germani, un colega dijo: “Ustedes son vendedores de humo”. El autor de la frase, un conocido sociólogo, profirió ese comentario incluyendo a uno de los miembros del área que era, en términos personales, gran amigo suyo. El nombre de este colega no viene al caso, pero esa era la idea que tenía alguna gente ante la novedad. Novedad para quién no sabía leer, porque de hecho, en la sociología que Germani llamaba “no profesional”, que son los primeros trabajos de sociología en Argentina, Juan Agustín García, el primer Ricardo Levene y el primer Emilio Ravnani, la relación entre historiografía y sociología aparece clara, sólo que no aparece con el nombre sociología histórica. Una parte de la obra del propio Germani y de los sociólogos formados a partir de la creación de la Carrera tiene también esas características. La expresión sociología histórica es de mediados de los años 1930, por lo menos hasta donde pudimos registrar, y se popularizó a partir de los sesenta, con el surgimiento de una corriente que, en el interior del campo de la sociología de Estados Unidos, se plantó frente al estructural funcionalismo en su versión más ahistórica. Es cierto que, dentro de esa corriente, existía una obra como la de Lipset, autor de unos de los primeros libros de sociología histórica, si bien no en los términos en que ésta se desarrolló a partir de Barrington Moore. En cambio, en Francia, no aparece o no se generaliza como expresión, excepto en un libro de Paul Veyne sobre la Roma antigua. Es que en la tradición francesa, historia y sociología venían muy unidas desde el comienzo, más allá de las disputas de principios del siglo XX, haciéndose más fuerte con los *Annales*. De modo que, para ellos, la expresión sociología histórica no era distintiva. Como escribió Lucien Goldmann a fines los años 1950: “sociología histórica o historia sociológica, la denominación es lo de menos”. Eso podía ser escrito en Francia, donde, efectivamente, nadie creía en la división tajante entre una y otra disciplina, como sí ocurría en Estados Unidos.

-S.C.: *De modo que en cierta forma ustedes corrieron un riesgo y también abrieron un camino.*

-V.G.: Mattei Dogan y Robert Pahre, ambos formados en la interdisciplinariedad, publicaron un libro que en castellano lleva el título *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, en el cual los autores plantean que hay que situarse en los márgenes de las disciplinas para la innovación científica. Esto es, en los márgenes de las corrientes principales del pensamiento de cada disciplina. Esto abre posibilidades institucionales e intelectuales para pensar creativamente, para pensar con más libertad. Seguramente, esto también tiene un correlato en una actitud de vida. No es que uno se corre adrede del centro para ser más creativo, sino que en todo caso sucede que uno tiene ganas de hacer otras cosas y se va corriendo hacia las fronteras para explorar otros horizontes. Así fue pasando que nos introdujimos en la práctica de la sociología histórica de América Latina. No es que en un momento dijimos: “vamos a tomar un riesgo”, sino que fuimos simpatizando con cierta manera de trabajar y hoy esto se ha transformado en el libro que presentamos. Fue un camino construido de a peldaños muy pequeños, pequeñísimos.

-W.A.: Y no fácilmente, porque toda la estructura del sistema académico y científico argentino está pensado sobre la Universidad napoleónica, con disciplinas claramente separadas por “murallas”. Entonces cuando irrumpe algo como lo que proponemos surge el prejuicio. Se advierte allí el desconocimiento y el temor. Para no pocos historiadores, somos sociólogos; y para no pocos sociólogos, somos historiadores. Unos y otros aciertan y yerran al mismo tiempo. Somos ambas cosas y otra distinta. Esto tiene sus ventajas y sus desventajas.

Pero, lo que cuesta, justamente, es admitir un campo nuevo que irrumpe para romper con posiciones establecidas y fijaciones de sentido. Nuestro planteo fastidia más a los historiadores, porque de algún modo retomamos lo mejor de la renovación historiográfica de mediados del siglo XX, esa de la cual han abjurado: la que surgió con la llamada Escuela de los *Annales* y con el marxismo, en particular los historiadores sociales británicos. Los desertores resolvieron que la historia -la historiografía, mejor- no es una ciencia social, sino una disciplina que estudia hechos irrepetibles. Esto se observa bien en las formas predominantes en las distintas corrientes de la historiografía argentina actual: en ellas no hay teoría, no hay conceptos y, por tanto, no hay explicación. No hay ninguna posibilidad de responder a la pregunta: “¿por qué se produjeron y/o se producen determinados procesos?”.

Nosotros tuvimos la ventaja de trabajar en la Carrera de Sociología de la UBA, donde la historia social es uno de los tres ejes articuladores del *pensum*. Los tres ejes son: teoría sociológica, metodología e historia social. Por lo tanto, desde el principio, el estudio de los procesos históricos, independientemente de cómo los abordemos los docentes, forma parte del núcleo duro de la formación de los sociólogos. Eso no ocurre en otras carreras. Puede que haya historia social, pero no tiene la misma densidad y peso estratégico. Esto nos ha obligado a pensar cómo se enseñan los procesos históricos a estudiantes de sociología, de ciencia política, etc. Discutí al respecto con muchos colegas historiadores, algunos de los cuales dicen “historia hay una sola, independientemente de la carrera y de la Facultad en la que se enseña”. No estoy de acuerdo. Si uno enseña en la carrera de Ciencias Políticas, la historia que se ofrece a los estudiantes tiene que prestar atención a los contenidos básicos de dicha carrera. En Ciencias Políticas, por ejemplo, se debería énfaticar la dimensión política de la historia, se debería priorizar la historia política. En Sociología, en cambio, la historia social. Por cierto, es posible -y conveniente- entrecruzar y avanzar en ese terreno que en el libro llamamos historia social de lo político e historia política de lo social. La pretensión de que hay una única historia no se sostiene. Los sociólogos prestan atención a ciertos conceptos y categorías, los politólogos a otros, los geógrafos a otros. Entre nosotros no ha ocurrido así, pero la geografía histórica en algunos lugares de Europa, sobre todo en Noruega, se ha desarrollado como una disciplina de hibridación, si bien no en la línea de la geohistoria propuesta en su momento por Fernand Braudel. Pero en todas partes se advierten intentos de romper con los casilleros disciplinarios, que son frustrantes y no permiten dar mejores y más completas explicaciones.

Claro, después está el plano de las historias personales, que en buena medida dejan su impronta. En mi caso, me formé en una Universidad (la de Córdoba) donde no había una carrera de sociología, y sí una carrera de historia, donde convivían renovadores y tradicionalistas. Curiosamente, mi primera práctica como principiante de investigador fue en el campo de la sociología, no en el de la historiografía. Trabajé con sociólogos como Francisco Delich, Miguel Murmis, Silvia Sigal, Beba Balvé, Alain Touraine y otros. Eso me dio una perspectiva diferente. Me marcó, no sé exactamente cuánto, pero, en todo caso, mucho. Más tarde, ya en la UBA, cuando encontré un espacio institucional con posibilidades de fusionar ambas perspectivas, no lo dudé. Por eso me quedé en la Carrera de Sociología, en la Facultad de Sociales, y no en el Departamento de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras. Puedo reconocer en mi propia trayectoria, en los tipos de escritos, en los problemas investigados, cómo fui deslizándome de la historiografía a la sociología histórica, y en qué momento me defino más como sociólogo histórico que como historiador. No renuncio ni abjuro de esa formación, al contrario. Ella se dio, además, en un contexto muy especial, en una ciudad muy especial, en un clima político e intelectual también muy especial, pero irrepetible. Todo eso es experiencia que, de algún modo, he querido transmitirle a aquellos que forman parte del equipo, que por razones biológicas no han podido vivir esa misma etapa de nuestra historia nacional.

-S.C.: *Yo quisiera retomar uno de los puntos que aparece como relevante en el planteo general destacado en el libro: la idea de unir género, clase y etnia para entender la cuestión social en América Latina en su conjunto y en su diversidad regional. ¿Qué peso tienen estas tres variables para entender esta complejidad? y ¿porqué ustedes dicen que el concepto clase aparece como una categoría “incómoda” para el análisis de los procesos sociales latinoamericanos?*

-W.A.: La realidad de América Latina no se ajusta a los modelos teóricos y las teorías clásicas de las clases, cualquiera sea esa teoría. Muchos creen que hablar de clases es referirse a una de las tantas vertientes de la teoría marxista, lo cual es un error garrafal. No se entiende la estructura social de América Latina con un traslado mecánico de categorías elaboradas para sociedades más complejas o más desarrolladas. Ni tampoco es conveniente afirmar que la complejidad de América Latina es tal que requiere de categorías específicas. En la medida en que nuestra región forma parte de la economía mundial dominada por el sistema capitalista, las categorías para analizar nuestras sociedades *son* las categorías utilizadas para analizar el capitalismo en sus niveles más desarrollados: como decía Karl Marx, la anatomía del hombre es la clave para explicar la anatomía del mono. El problema es que a menudo no se tiene en cuenta -Marx en eso tenía una claridad notable- la diferenciación entre el momento lógico y el momento histórico. Ambos momentos son importantes, pero metodológicamente el momento lógico es central. Nosotros advertimos esto, en el caso de América Latina, en los planteamientos contrapuestos de Florestan Fernandes y Alain Touraine en el Seminario de Mérida de 1971. Touraine sostiene que en América Latina no hay clases sociales, que las sociedades latinoamericanas no se pueden analizar con esas categorías y que hay que recurrir a categorías sociopolíticas, por ejemplo: pueblo, oligarquía. Fernandes responde que en América Latina hay clases sociales. Y apunta: la lógica de construcción de las clases en América Latina es igual que la de Europa. Lo que es distinto es la forma histórica en la que esa construcción se realiza. Igual lógica, diferente historización. Si uno tiene claro este principio metodológico básico, no es que la tarea se vuelva más fácil, pero se corren menos riesgos de hacer extrapolaciones mecánicas. Así, cuando se analiza América Latina, no se puede ignorar que, guste o no, la cuestión étnica y/o la cuestión de género son claves. Pretendimos abordar ambas. Dora Barrancos, alguien que sabe mucho del tema, en la presentación del primer tomo de nuestro libro, vio como un rasgo original y destacable que la cuestión de género no esté tratada como un punto o un capítulo aparte, sino imbricada en el desarrollo y en el relato de la totalidad del libro. Esto fue posible por la hibridación de conceptos y teorías en la explicación de los procesos históricos. Si asumimos esta perspectiva, clase, etnia y género son, efectivamente, tres elementos que no pueden faltar en el análisis de los procesos históricos de América Latina. Después, es cierto que uno pone énfasis en un punto o en el otro, depende de cada momento histórico que se esté analizando y del grado de conocimiento que se tenga sobre cómo estos tres sujetos -sociales, étnicos y de género- han actuado históricamente. Sobre el papel de las mujeres en la historia de América Latina recién se ha empezado a saber más a partir de la institucionalización de los estudios de género. Antes, cuando se hacía referencia a las mujeres, quedaba casi como un dato pintoresco. Por ejemplo, respecto de la represión de las revueltas de Túpac Amaru y Túpac Katari, cuando también descuartizan a sus mujeres, el análisis más frecuente dice: “corrieron la misma suerte que sus compañeros, que sus maridos”. Pero en realidad esta interpretación está descuidando el papel fundamental que habían jugado los liderazgos de mujeres en toda la lucha contra el poder colonial. Incluso ahora que están de moda los relatos sobre Juana Azurduy, esto está tomado casi como un hecho pintoresco.

-S.C.: *Referido a este tema podría preguntarse: ¿En que medida la conquista transformó el rol de las mujeres? ¿Ellas pasaron a tener otro rol diferente al que tenían antes, sobre todo en las sociedades andinas?*

-V.G.: Para nosotros, estas tres categorías, clase, etnia y género, son tres categorías que funcionan como bisagras. Son la clave de acceso a una lectura de la historia específica de América Latina, que es también parte de la historia global, de historia de la modernidad. Esto aparece ya en el capítulo 1, a mi juicio, un capítulo breve pero muy rico, porque sitúa la perspectiva a partir de la cual leer el libro y entender los problemas que este aborda. Proponemos mirar la historia de América Latina como parte de un proceso más amplio, imbricado en el proceso de construcción de la modernidad y del capitalismo. Esto necesariamente implica tomar conceptos que son propios de la modernidad, como pueden ser los conceptos clase, etnia y género, para luego desde allí precisar la historia de América Latina. Las matrices sociales, una hipótesis de Waldo que en el libro retomamos con énfasis, están atravesadas por estas categorías. Respecto de la categoría género, hay en este primer capítulo una cuestión que es previa y que quisimos señalar enfáticamente: la matriz patriarcal. América Latina está asentada sobre esa matriz y a partir de allí se va a constituir la forma histórica particular que en nuestra región ha tenido la sujeción de los cuerpos de las mujeres. Así, ese breve pasaje del libro en el que citamos documentos que hablan de las violaciones a las mujeres es un elemento que luego nos permite abordar, sobre el final del libro, la cuestión del aborto y la resistencia que hay de parte de muchos gobiernos que están innovando en lo que se refiere a la exclusión y la desigualdad de clase y étnica y que sin embargo frente a la cuestión del aborto se muestran reticentes al cambio. Esto, a mi juicio, pone en evidencia el peso de la matriz patriarcal y de la subordinación de los cuerpos de las mujeres, todavía muy hondamente impregnada en las mentalidades modernas. Nuestro libro no es un libro de historia de las mujeres, por lo tanto cuestiones como la señalada aparecen en él en la medida en que el género es una categoría relevante para explicar tal o cual proceso. En nuestro libro no está toda la historia de las mujeres, ni están todas las mujeres, pero si el género es una “categoría útil” para el análisis sociológico-histórico de los procesos en gran escala. Clase, etnia y género son tres categorías que nos permiten abordar a América Latina como parte de la modernidad y especificar esta modernidad a partir de mostrar la realidad latinoamericana.

-W.A.: Son tres categorías universales, en el sentido que pertenecen al ideario de la modernidad, donde además el papel subordinado de la mujer no varía. En la modernidad, incluso en su versión liberadora: la roussoniana, la mujer sigue dependiendo del varón, no está en un plano igualitario. Hay una cosa muy notable en Rousseau: este le asigna a las mujeres la responsabilidad de educar a sus hijos en el valor de la igualdad, de la cual ellas están privadas. Esto, con muy pocas excepciones, no fue advertido por aquellos que en América Latina de algún modo retomaron las posiciones roussonianas. En el caso de América Latina, la sujeción de las mujeres se hace más grave en el caso de las mujeres indígenas y afroamericanas. Aquí, a la condición étnica y de género, sumadas, refuerzan los niveles de explotación y la relación de sujeción. También en el mundo “blanco” (entre comillas), las mujeres tienen un papel completamente subordinado, y las que rompen con eso son muy pocas y se las recuerda más anecdóticamente que de otra manera. Como decía Verónica, no nos interesa hacer una historia de las mujeres, nos interesa cómo estas tres categorías, clase, etnia, y género, intervienen, se solapan, se entrecruzan y se repelen en el proceso de construcción del orden en América Latina. Ahora, el orden es un tema típico del pensamiento conservador, nosotros quisimos salir de ese encorsetamiento. ¿Por qué no verlo desde la perspectiva de pensamiento crítico?

- S.C.: *Retomando el tema de la cuestión étnica ¿existe un conflicto étnico en algunas regiones de América todavía hoy? Estoy pensando, por ejemplo, en el Caribe, donde la negritud es tan fuerte y la rebelión negra podía significar un peligro para muchos, desde el*

impacto de la independencia de Haití en la región y el miedo que generaba a los blancos la rebelión de los negros. Por lo tanto: ¿Persiste ese tipo de conflicto socio-étnico en algunas regiones de América latina?

- V.G.: Ahí tenemos una cuestión que se pone de relieve cuando pensamos los procesos desde la perspectiva de la sociología histórica. Pensamos en aunar la lógica teórica con la lógica histórica y pensamos también en explicaciones estructurales. Así, en el proceso de escritura de nuestro libro, se nos ha ido manifestando la cuarta matriz, que es una matriz que tiene que ver con las mentalidades. Pensar las mentalidades como estructuras de larga duración nos ha permitido analizar la cuestión del miedo y, la contracara de ese miedo, los procesos emancipatorios, que hoy tan claramente en América Latina están vinculados a la cuestión étnica. Los procesos de Ecuador y de Bolivia, fundamentalmente, están poniendo de relieve la larga duración de la matriz de las comunidades indígenas. Esto ya había aparecido con el levantamiento neozapatista de 1994, pero ahora, al tener una traducción en los textos constitucionales, finalmente la “temporalidad mixta” termina cristalizando en una institución tan típicamente moderna como son las Constituciones y el Estado de Derecho.

-W.A.: De hecho, la cuarta matriz tiene un carácter antes que nada potencial. Cuando fue expuesta por primera vez la hipótesis de las tres matrices, en los años 1990, todavía no había ocurrido lo que ocurrió en la región andina. La cuarta matriz está en curso y quizás no termina constituyéndose en tal. De hecho, en Bolivia, que es el proceso más desarrollado, hay retrocesos, desde ese punto de vista, que son considerables. Existe una tendencia a pensar de un modo diferente la organización de una nueva sociedad, el buen vivir o vivir bien va en esa dirección. Pero está en estado gelatinoso todavía.

-V.G.: Esto me recuerda la serie de entrevistas que hizo Daniel Filmus a los presidentes latinoamericanos en el Canal Encuentro del Ministerio de Educación de la Nación. En particular, la entrevista al presidente Evo Morales, resulta realmente muy didáctica para el trabajo en las aulas de historia de América Latina. Evo dice, por ejemplo, que en el idioma aymara no existe el femenino y el masculino. Desde esa cosmovisión del mundo, lidiar con un universo de roles asignados de lo femenino y lo masculino es realmente algo complejo. Con esto pueden empezar a vislumbrarse las dificultades que se presentan a la hora de ensamblar la temporalidad de la realidad del mundo andino con la temporalidad de la concepción civilizatoria del mundo moderno. En esa misma entrevista, Evo cuenta que de niño vino a trabajar a la zafra en Salta, con su papá, y como era obligatoria la educación primaria, lo mandaron a la escuela. Cuenta que el primer día de clases, cuando escuchó a la maestra nombrar por apellido a los niños, sintió mucho miedo, pensaba: nos están llamando ¿para que?, nos están señalando ¿por qué? Aquí otra vez aparecen las tensiones. Una ley, considerada progresista e inclusiva, como la ley de educación obligatoria, aplicada al mundo indígena puede resultar abusiva, peligrosa. En fin, me parece que la entrevista a Evo es muy útil a los efectos de ejemplificar esta cuestión de la “temporalidad mixta”, la “modernización de lo arcaico” y la “arcaización de lo moderno”, que a veces es tan difícil de trasladar al aula, sobre todo cuando nuestros alumnos en la Universidad es la primera vez que se acercan a la historia de América Latina, invisibilizada en la currícula de la escuela media y primaria.

-W.A.: No sólo de América Latina. Tres semanas atrás, desarrollando un curso de doctorado en una Universidad del interior del país, pregunté sobre la composición de la Primera Junta de gobierno de Buenos Aires. Nadie, en un curso de 40 alumnos, pudo responder correctamente sobre algo que se enseña una y otra vez en la escuela primaria y en la escuela secundaria. En esa Junta no había dos españoles, sino dos catalanes. No esperaba que se distinguiera esta sutileza, pero me sorprendió que los alumnos no respondieran a una pregunta más básica.

Recuerdo ahora que en los primeros años de experiencia en la materia que dictamos en la carrera de Sociología hacíamos una especie de encuesta al iniciar el curso, procurando conocer qué sabían nuestros estudiantes acerca de América Latina. Las respuestas indicaban un gran conocimiento de nombres de países y de sus respectivas capitales, un conocimiento básico de geografía. Los más leídos sabían quién era el presidente de turno en algunos de los países. Y no más que eso. De la historia de América Latina, nada. Esta situación se agrava en la actualidad, porque, efectivamente, América Latina prácticamente ha desaparecido de la currícula de la enseñanza media, a contramano de los procesos de integración e incluso de la política declamada por el gobierno nacional sobre América Latina, la Patria Grande, etc. De ahí nuestra insistencia en marcar, primero nuestra condición de latinoamericanos, y segundo qué implica pensar procesos de integración a partir de experiencias que se han ido diversificando tanto.

Ahí hay una cosa bien interesante. La idea de América Latina única -el “Nuestra América”, expresión acuñada primero por Francisco de Miranda y retomada luego por José Martí-, se puede pensar desde dos perspectivas: una, que es la versión más tradicional, es la idea de Manuel Ugarte, quien a principios del siglo XX desplegó una explicación acerca del por qué de la unidad latinoamericana, la cual buscaba en el pasado, en el pasado colonial, no otro, porque la ruptura del orden colonial había fragmentado a las grandes unidades creadas por los conquistadores. La otra es la idea formulada por dos autores de diferente perspectivas -Darcy Ribeiro en Brasil y, antes que él, el peruano Luis Alberto Sánchez, en su libro *Existe América Latina*-, que busca la unidad de América Latina no en el pasado sino en el futuro, en el proyecto. Ese Sánchez de fines de la década de 1940, es el Sánchez de un APRA que ya había dejado la bandera del antiimperialismo y que se había tornado anticomunista. Sin embargo, el suyo es un libro que uno puede leer con beneficio de inventario. Está buena esa idea de que América Latina es un proyecto. América Latina única, como Patria Grande, como se prefiere decir ahora, como proyecto, no significa olvidarse del pasado. Al contrario: en la tensión entre futuro y pasado está la idea de una América Latina unificada, uniendo lo que fue con lo que podría llegar a ser.

- S.C.: *Vinculado a la cuestión de género, pensaba en un tema que es mucho más que eso. Es el tema de la mujer hoy, respecto a la defensa de la tierra y del territorio en algunas regiones de América Latina. Algunos autores como Armando Bartra, dicen que existe un proceso de feminización respecto al uso y la defensa de la tierra: son las mujeres las que se quedan defendiendo el territorio y los derechos sobre la tierra, cuando los varones (padres o hijos) se van a la ciudad y abandonan la tierra: ¿cómo ven ustedes esta cuestión?*

- V.G.: Respecto de esto, creo que todavía hace falta estudiar un poco más la legislación civil, porque los derechos de propiedad son derechos que las mujeres han tenido recortados desde el surgimiento mismo de la modernidad. La mujer que se casaba perdía las posibilidades de administrar su patrimonio y pasaba a ser considerada menor de edad, subordinada a la patria potestad del marido. Esto con el tiempo fue cambiando y entonces los derechos de propiedad se fueron igualando para varones y mujeres pero, como pasa en general en América Latina, cuando se mira el impacto de las legislaciones generales en el ámbito específico de las estructuras agrarias, los cambios son más lentos. Las condiciones jurídicas en las que estas mujeres defienden la tierra no son siempre condiciones en las que las mujeres efectivamente se hayan apropiado de sus derechos. Me parece que ahí, en ese desfase entre lo que el derecho dice y lo que en la práctica se hace, todavía hay que seguir investigando. También está la cuestión de los derechos comunales, de los derechos colectivos sobre la tierra. Ahí hay un solapamiento entre el derecho civil moderno y el derecho que reclaman las comunidades indígenas, que no siempre se ensambla bien con la concepción moderna del derecho. Y otra vez también está la cuestión de las mentalidades, que exige prestar atención a la idea de

posesión (y no sólo propiedad) y al rol que desempeñan las mujeres dentro de cada una de las comunidades de referencia.

Sobre este punto, podemos señalar que el proyecto de reforma integral del Código Civil argentino, según el mensaje de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, se inscribe en la corriente del nuevo constitucionalismo latinoamericano. La propia presidenta sostuvo que se trata de un “código latinoamericano” que escucha a las comunidades indígenas. Pero en cuanto ese código entró en el debate público, las comunidades indígenas fueron las primeras en resistir los derechos que ahí estaban escritos. Sin duda, los derechos de propiedad de la tierra y la etnia son categorías sobre las cuales todavía hay que conocer más profundamente y generar acuerdos. El problema de la tierra es un problema que persiste todavía en América Latina, y cuando a esto se añade la categoría género, los conflictos se multiplican y el cuadro se vuelve más complejo. A las relaciones de poder entre Estado y Sociedad se suman las luchas de poder entre visiones individualistas y comunitaristas; y a esto las luchas de poder entre varones y mujeres dentro de la sociedad moderna y dentro de las sociedades de las comunidades originarias. El cuadro es complejo y debe ser analizado atendiendo a la realidad de cada uno de los países, que no es siempre la misma porque tampoco son las mismas las formas de relación dentro de cada comunidad originaria.

-W.A.: Creo que no hay todavía una respuesta convincente y es un fenómeno que se da solo en el campo, aunque en el campo quizás aparece como más visible. Incluso en una sociedad como la de Argentina, que prácticamente no tiene campesinos en una cantidad significativa, en las pocas luchas de resistencia en el mundo agrario hubo un papel descollante desempeñado por las mujeres, en la región pampeana en los años 1990. Ahora, fíjate -y no digo nada novedoso- que no es casual que haya Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, y no haya Padres y Abuelos de Plaza de Mayo. La primera forma de reacción de lucha y resistencia contra la dictadura la hicieron las mujeres. Tampoco se entienden los nuevos movimientos sociales en Bolivia, los que llevaron a Evo Morales al gobierno, sin las mujeres de los mineros desplazados, que desde la zona de El Alto empezaron a construir las redes que terminaron generando un proceso de transformación de magnitud. En algún momento los explotados, los dominados, los humillados se rebelan y esta es la hora de las mujeres. Más humilladas, más explotadas que nadie. Si a esto se suma la condición étnica, la humillación y la explotación es peor todavía.

- S.C.: *Una tesis que manejan, algunos especialistas en género, como Dora Barrancos, dice que muchas mujeres salen del ámbito doméstico frente a determinadas crisis que las obliga a romper su relación patriarcal y las politiza, las lleva al ámbito de la política, de lo público, aún sin experiencia en la militancia ...*

W.A.: Hay momentos de crisis en los cuales las mujeres juegan un papel relevante, en las que la condición de género se solapa con la de clase. Finalmente, buena parte de la lucha de la clase obrera tuvo a las mujeres como protagonistas fundamentales. Esto del Día Internacional de la Mujer remite a una acción de mujeres que iniciaron un proceso de resistencia en el que fueron brutalmente reprimidas. Hay un poema de Pablo Neruda, creo que en *Los versos del capitán*, donde en un momento dice: “Limpia tu fusil, camarada, bésame querida...”. Ahí hay una idea de la mujer que es, primero, una combatiente en el mismo plano que su compañero, y por el otro lado amante de ese mismo compañero. Neruda lo escribió a propósito de la guerra civil española, donde fue muy claro el papel fundamental de las mujeres, pero bien vale para los movimientos revolucionarios de los sesenta y setenta del siglo pasado.

-V.G.: Hay que diferenciar al menos dos elementos que forman parte de este planteo. Una cosa es visibilizar a las mujeres como parte de un proceso, como sujetos históricos que

formaron parte de un proceso. En este sentido, los estudios de género han avanzado mucho, hoy se conoce más y mejor la participación de las mujeres en diferentes procesos, en las guerras, en la defensa de la tierra, en las protestas populares. Ahora bien, esta visibilización no necesariamente implica que las mujeres hayan modificado, a partir de esa acción, las relaciones de poder entre los sexos. De hecho en muchos de estos casos, la participación se hace en nombre de un status que remite a la sujeción de las mujeres en el orden patriarcal. Que sean “Madres de Plaza de Mayo”, que sean “esposas de detenidos”, que sean “esposas de los mineros”, que se queden defendiendo la tierra porque el hombre se va, no las hace sujetos de igualdad de derechos en esa historia. Entonces, hay dos planos, por un lado, visibilizar a las mujeres como sujetos históricos, y por otro lado, evaluar en qué medida esa participación en la historia se orienta a favor de la igualdad de género, y reconocer que estos dos elementos no siempre van de la mano.

-W.A.: Fíjate que en una de las experiencias supuesta como más igualitaria, la del llamado “socialismo real”, vemos la ausencia total de las mujeres en los planos directivos. En la Unión Soviética no hubo, mucho más allá de Krupskaja, que era la mujer de Lenin, y en China, la única mujer que alcanzó un cargo relevante fue la esposa de Mao, y cuando éste murió ella fue acusada de integrar “la banda de los cuatro” y terminó defenestrada. Y esto sucedió en dos de los procesos de mayor grado de radicalismo.

-S.C.: Yo lo pienso también en el proceso constituyente de la constitución boliviana del 2009, donde participaron muchas mujeres y siguen participando en la aplicación de algunos de los artículos, por ejemplo respecto a la tierra. Hay un nueva dirigencia indígena en Perú, hay varias mujeres dirigentes del movimiento campesino. También en Guatemala, ya están en otro lugar, están posicionadas en un lugar diferente...

-V.G.: A partir de la década de 1990 hubo un cambio en los movimientos sociales. En los “nuevos” movimientos sociales, la participación de las mujeres tiene otro sentido, que remite a un cambio en la relación entre Estado y ciudadanía. Las mujeres, habiéndose producido algunas transformaciones que eran reivindicaciones históricas del feminismo, empiezan a permear todos los movimientos sociales. Habiéndose legislado derechos dentro del matrimonio, igualados a los del varón, o más o menos igualados, se habilitó un espacio de lucha donde las mujeres, teniendo el derecho a voto, teniendo capacidad civil plena y teniendo protección del Estado, han contado con una estructura de derechos a partir de la cual participar con otros roles y objetivos. Entonces, varón y mujer acompañan la lucha por el derecho a la tierra, hay dirigencias de mujeres en los movimientos sociales más recientes, etc. Pero existen dos reivindicaciones que tienen que ver con la lucha de los “nuevos” movimientos sociales por conseguir ciertos derechos que son específicamente feministas: la despenalización del aborto y la violencia doméstica. En general, en estas reivindicaciones encontramos, ayer y hoy, a mujeres protagonizando las luchas.

-W.A.: Fíjate por ejemplo en el llamado cupo femenino en las listas electorales. Este es el resultado de una imposición legal decidida en cierta coyuntura. La participación femenina no es resultado “natural”, “espontáneo”. Hubo que poner una normativa que hiciera obligatorio un determinado porcentaje de mujeres en las listas, que, por lo demás, no es igualitario. Esto es resultado de una pugna, de una lucha, y no de considerar que tanto mujeres como varones tienen el mismo derecho a ser elegidos, o a ser candidatos, por lo menos. Sin una legislación al respecto, esto no ocurría. Y esto es algo que también remite a la relación entre Estado y ciudadanía, entre otras cosas.

-S.C.: Les quiero hacer una última pregunta: ¿por qué la necesidad de dar una explicación de larga duración? ¿Qué se pretende de explicar?

-W.A.: En términos del refranero popular podemos decir: “aquellos polvos trajeron estos lodos”. Es decir, cada momento histórico es el resultado de procesos anteriores que lo condicionan (pero no lo determinan), y el presente a su vez condiciona lo que va a venir en el futuro. Los condicionamientos no impiden los desplazamientos, las rupturas, la acción de los sujetos, de la agencia, como se dice en sociología histórica. Si uno quiere una explicación de un determinado proceso acotado temporalmente, una coyuntura, digamos, si uno quiere una explicación compleja, no se puede quedar con el momento de la coyuntura, tiene que buscar las raíces más profundamente y esas raíces profundas están siempre en el pasado, más o menos lejano, más o menos cercano, según los casos. De ahí la idea de las matrices sociales: porque estas matrices van modelando los procesos y a pesar de los cambios persisten. Por eso, cuando nosotros reivindicamos el análisis estructural, utilizamos estructura en un doble sentido: como un núcleo duro formativo de una sociedad, o como relaciones sociales de producción si se quiere, pero también como algo que persiste en el tiempo, que se mueve lentamente. A la idea de una sociología de la historia lenta hay que oponer una sociología del tiempo dinámico. El tiempo dinámico supone la acción decidida de hombres y mujeres para transformar el mundo en el que viven, sino lo otro es inercia.

-V.G.: Asumiendo la perspectiva de la sociología histórica, nosotros consideramos que el presente es historia y para poder hacer una historia del presente necesariamente tomamos la larga duración. Porque sino repetimos en el estudio del presente patrones de comportamiento de la historia tradicional respecto del pasado, esto es, que tanto el pasado como el presente son instancias única e irrepetibles y por lo tanto no acumulativas. La larga duración repone la acumulación histórica, la sedimentación, el coeficiente histórico, en términos de Piotr Sztopka. La historia del presente hoy está más o menos instalada como novedad. Sin embargo, en su práctica, algunos de los que se reivindican como historiadores del presente practican la historia con las mismas lógicas de la historia tradicional, que la historia fáctica... Así se pierde la riqueza de la explicación del presente como acumulación, del coeficiente histórico que conlleva todo fenómeno social.

-W.A.: La explicación solamente puede darse mejor si rastreas en la larga duración. Por ejemplo: ¿Por qué el predominio de estructuras políticas autoritarias, que son bastante comunes en América Latina? ¿De dónde vienen? ¿Por qué los militares argentinos entregaban los hijos de los desaparecidos en adopción? Aquí vemos la aplicación de un principio que empezó a aplicarse durante la colonia, durante la conquista mejor dicho. Es el mismo criterio: se trata de infieles, entonces a los infieles hay que evangelizarlos. Si en la conquista los infieles eran los pueblos originarios, en la segunda mitad del siglo XX los “infieles” eran los hijos de los llamados subversivos. No había que matarlos, había que matar a los padres. A los hijos no, porque eran inocentes, pero había que entregarlos a “familias de bien”, todas ellas connotadamente religiosas, para que los “evangelicen”. Otro ejemplo es el tratamiento que los grupos dominantes de Santa Cruz y Cochabamba, en Bolivia, les dan a los indígenas hoy. En un video sobre las reacciones ante la sanción de la Constitución de 2009, hay una escena en la cual un grupo de la juventud cruceña apalea a una persona indígena tan sólo porque lleva una camisa azul, distintiva del MAS. Quién comenta el episodio dice: “no es extraño, si es lo que han hecho toda su vida: patear indios”. Finalmente, la desaparición del pongueaje en Bolivia tiene ahora sesenta años y para estos grupos no es mucho tiempo, ellos son hijos o nietos de quienes tenían esas prácticas en los tiempos de la colonia.

Fue Fernand Braudel -que ha sido tan olvidado por los historiadores y sigue siendo una cantera formidable- quién habló de las estructuras dispuestas como capas geológicas. En la

superficie, las estructuras económicas, que son las que más rápido se mueven. Por debajo de ellas, las estructuras sociales, menos veloces. En el fondo, las estructuras mentales, que se mueven de forma lenta, casi imperceptible. Como decía el mismo Braudel, las ideas son cárceles de larga duración. Efectivamente, modificar las mentalidades es una de las tareas más difíciles. Y eso sólo podemos explicarlo en la larga duración. Si uno acota, como hacía Aníbal Quijano, que “no es indispensable que permanezcamos siempre en esas cárceles”, uno introduce la agencia, la conciencia, la voluntad, la decisión de hombres y mujeres para actuar en la dirección de cambiar las condiciones, heredadas, en las que viven. Y eso no es otra cosa que la política.

-V.G.: Al reunir el tiempo de la coyuntura con la larga duración estructural, podemos explicar tanto la historia que ocurrió como aquella que no ocurrió, pudiendo haber ocurrido. Así, es posible hacer “la historia que no fue”. Y por supuesto esto abre expectativas de cambio a futuro. Porque entonces la historia deja de ser una historia fatal, una historia que pesa sobre el presente, y pasa ser una historia que se presenta como repertorio de acción para el futuro.

-W.A.: Cuando uno dice esto, a muchos historiadores les viene un escozor fenomenal, porque interpretan que lo que uno está proponiendo es hacer una “ucronía”. No se trata de construir una historia ucrónica, ni siquiera contra-fáctica. En toda coyuntura siempre hay más de una posibilidad, que una de ellas se imponga sobre las otras depende de más de una razón, que cada investigador o investigadora tendrá que encontrar. Por eso, como decía Verónica recién, la historia no es historia de fatalidades, sino de posibilidades. El problema de buena parte de la historiografía es que sus cultores razonan con la lógica de la física newtoniana, una causalidad única, una interpretación mecánica. Después de Einstein, con la teoría de la relatividad, la causalidad es múltiple. Dado A, puede ocurrir B, C, D, etc., si bien de todas esas posibilidades sólo una se impone. No es hacer una ucronía, ni una historia contra-fáctica. Es mostrar por qué del conjunto de posibilidades existentes en un determinado momento, una se impone y las otras no. Ahí hay que distinguir entre condiciones de posibilidad y condiciones de realización. Esto es lo que nos guió a nosotros en la afirmación que sostiene que lo contrario del orden a menudo no es el desorden, sino la propuesta de otro orden. No se trata de modificar la historia, sino de modificar la explicación de los procesos históricos.

-V.G.: Un ejemplo que ayuda a entender esto que dice Waldo es el modo en que explicamos el fenómeno de la violencia política en los años 1960. Nosotros miramos la coyuntura de fines de los años 1940 y principios de los años 1950, y encontramos ahí una cantidad de elementos y de conflictos que a nuestro juicio configuran la violencia política de los años 1960. Esto nos ha permitido zafar de visiones dicotómicas tales como violencia subversiva vs. represión estatal. Y nos ha permitido conectar el problema de la violencia política con problemas estructurales irresueltos que se manifestaron en la coyuntura de 1940 y 1950, fundamentalmente la exclusión de la participación política democrática y los regímenes latifundistas de propiedad de la tierra. En torno a estos dos fenómenos hubo demandas irresueltas y esta irresolución de los conflictos permite comprender de otro modo la situación de la violencia en los años 1960. Aquí se aprecia la productividad de la explicación a partir de reunir elementos coyunturales con elementos estructurales.

-W.A.: En nuestro libro, a menudo utilizamos una díada, a veces contrapuesta, a veces convergente, que es díada lógica de la guerra y lógica de la política. La lógica de la guerra no supone necesariamente que los sujetos participantes la emprendan a los tiros, a sablazos o lo que sea. La lógica de la guerra se concibe sobre la idea de que el otro, el disidente, es un enemigo al que hay que aniquilar. El aniquilamiento tuvo su manifestación más terrible en Argentina y, sobre todo, en Guatemala, y consistió en la eliminación física del considerado

enemigo. En realidad, en el “arte” militar, el aniquilamiento del enemigo es ocultar su capacidad operativa, no es necesariamente matarlo, como sí lo hicieron los miliares argentinos y los guatemaltecos. Implica clausurar la capacidad operativa, neutralizarla. Esa es la lógica de la guerra en el plano militar. La perversión de esa lógica fueron las formas extremas de aniquilamiento del considerado enemigo mediante crímenes de lesa humanidad y genocidios. La lógica de la guerra se expresa también en el plano simbólico, en el plano discursivo. Por ejemplo, en Argentina, la manera como actúan los políticos argentinos remite a la lógica de la guerra. En mi hipótesis, arrastramos tal cultura política desde mayo de 1810, con la oposición entre saavedristas y morenistas. De ahí en más, todas las culturas políticas argentinas parecen haberse constituido sobre oposiciones, díadas, excluyentes: porteños y provincianos, unitarios y federales, crudos y cocidos, radicales y peronistas, radicales y conservadores, peronistas y antiperonistas, etc., etc., etc. Para los historiadores liberales, los federales degollaban, pero callaban que los unitarios castraban. ¿Cuál es la diferencia? En cambio, la lógica de la política supone encontrar con los otros espacios de negociación para resolver los conflictos, sin llegar a límites extremos. Y esto también se relaciona con el aspecto de complejidad que adquiere la lucha de clases. La lucha de clases es un dato estructural, el dato coyuntural, que no siempre aparece, es que en algún momento la lucha de clases se transforma en guerra de clases. La lucha de clases, en buena medida, está regida por la lógica de la política, por eso su base es la negociación. En algunos momentos, esa lógica no alcanza y es entonces cuando la lucha de clases se transforma en guerra de clases. Pero esto es un problema que no se da con frecuencia y hacer esta distinción no es una distinción menor, me parece. Por lo demás, como mostramos en el libro, ambas lógicas no se excluyen necesariamente: muy a menudo se solapan, se entrecruzan.

-S.C.: *En Venezuela hubo una guerra socio-racial durante el proceso de independencia. Pensando en Venezuela hoy: ¿la sociedad tolera un presidente como Hugo Chávez, un “mulato” o un “pardo” según la sociedad colonial, una sociedad colonial en la cual ser pardo era ser considerado inferior? Pensando en la larga duración de los conflictos, ¿la sociedad venezolana, especialmente la denominada elite “blanca” de hoy, tolera tener un “pardo” de presidente?*

W.A.: También está el caso de Bolivia con Evo Morales, “un indio de presidente”. Y en nuestro país, si bien no tienen el mismo grado de radicalidad, las consignas que circulan por Facebook y por Twitter sobre la presidenta son una descalificación de género, esas no son consignas políticas. Es violencia de género. Cuando no hay argumentos, lo único que aparece es el adjetivo calificativo, la descalificación. Esto también está apareciendo en Chile ante la perspectiva de que Michelle Bachelet sea nuevamente candidata y gane las elecciones.

-V.G.: Como decía Waldo, la falta de argumentos señala el vaciamiento de la lógica política y el predominio de la lógica de la guerra. En estos días, en un diario de circulación masiva, *Clarín* o *La Nación*, no recuerdo ahora, se mostraba una fotografía de una de las manifestaciones de la oposición, en la que se veía un cartel que decía “Cristina Mala” [Risas]. Es un nivel muy básico de la política. ¿Estos son los términos en los que se define la lucha? ¿Entre los buenos y los malos? Pero volviendo a tu pregunta, Venezuela es otro caso respecto del cual para poder entender el proceso actual necesariamente tenemos que mirar la larga duración. ¿El bolivarianismo es un proyecto que surge en reacción a que? Si no lo anclamos en una mirada de conflictos de más larga duración, el juicio que podemos establecer puede ser simplista: buenos y malos.

-W.A.: En Brasil, para citar un caso contrastante, es posible que no haya habido el mismo tipo de reacción porque en el fondo los que más tienen no han perdido, a pesar de que los que

menos tenían han aumentado su participación en la distribución de la renta. En Brasil, el crecimiento del PBI ha sido de una magnitud tal que ha permitido incorporar a más gente al incrementar sus ingresos, sin afectar sustancialmente a los que más tienen.

-S.C.: *Muchas gracias a los dos, muy linda charla.*

Saul Luis Casas
19 de abril 2013